á declarar masa obrera. Yo, desde luego, pido una de esas casas, más baratas y mejores que la mía, que no es del todo maleja. *(Risas y protestas en todo el salón.)*

—¡Ah, señor don Celedonio, señor don Celedonio!—clamó entonces el proyectista, con arrastres hondísimos de su voz amargurada;—¡que un hombre como usted, tan formal como usted, de la brillante posición de usted, tome á broma de mal gusto un asunto tan serio, tan elevado, tan transcendental; un proyecto que me ha costado á mí tantas horas de cavilar, tantas noches sin dormir, sin otra esperanza de galardón que el bien de una clase menesterosa, en este pueblo que casi me vió nacer! ¡Ah, señor don Celedonio, señor don Celedonio! ¿Qué dejamos entonces para esa gentezuela de poco más ó menos, que me tiene á mí por simple y se mofa de mi estilo? *(¡Bravo! ¡Mucho! ¡Admirable! ¡Intrigantes! ¡Envidiosos!)* Ya lo oís, y yo no lo he dicho. Ya lo oye el señor presidente; y cuando el río suena... *(«¡Eso, eso! ¡Por ahí duele! ¡Duro, duro!»—Consta en documentos que don Roque Brezales gritó en aquel incidente ruidoso como un desesperado.)*

El presidente, á todo esto, sacudía la campanilla á más y mejor, y se esforzaba por meter en su cauce aquel manso río que se había desbordado súbitamente; pero no logró su objeto sino á duras penas. Cuando consiguió hacerse oir, dijo al inconsciente revoltoso de los tres proyectos, recogiendo su alusión directa y personal:

—Nada de lo que aquí se ha gritado por sus amigos de usted, señor Vargas, me hace cambiar de opinión sobre lo que dicho le tengo acerca de los envidiosos que le persiguen; y todo lo mantengo ahora, porque dos cañonazos, ó tres, ó ciento, no alcanzan más que uno solo.

—No entiendo el símil, mayormente,—respondió algo atarugado y un si es no es jadeante el aludido.

—No es—replicó el presidente muy fino,—de absoluta necesidad que usted lo entienda, con tal de que haya entendido lo restante.

—Eso sí.

—Pues con ello basta y sobra: quédese aquí el incidente, y vamos al asunto; pero por derecho, porque el tiempo corre que vuela, y no hay más luz en toda la casa que la que está consumiéndose aquí. *(Risas.)* Es la pura verdad, y la digo porque sería una mala vergüenza para nosotros tener que levantar la sesión, ó continuarla con cerillas por habernos quedado á obscuras.

Para evitarlo y llegar cuanto antes al nombramiento de la comisión que debía estudiar el proyecto y dar su informe sobre él, el presidente hizo un resumen de los puntos que abarcaba. Sancho Vargas le dió por bien hecho.

—Pido la palabra,—dijo entonces airadamente un socio de los que, siendo en la calle unos infelices, concurren á todas las juntas generales con cara feroz, y no despliegan los labios sino para residenciar á todo el mundo.

Concediósela el presidente, y dijo, de medio lado, con ceño adusto y con voz fiera:

—Según resulta de lo que acaba de oirse, el Ayuntamiento ha de dar de balde la inmensidad de terreno que ocuparán las innumerables, cómodas y lujosas habitaciones que han de regalarse á los obreros; el Estado, la millonada enorme para construirlas, y un impuesto sobre ciertos artículos de lujo y el pasaje trasatlántico, para conservarlas, con su caño libre, sus terrazas y sus jardines de recreo. No me meto á averiguar ahora si esto es cosa de sainete, ó un proyecto digno de que le tome en consideración una sociedad tan formal como la nuestra; pero antes de que pase á la comisión que ha de poner esas dudas en claro, pregunto yo al señor don Sancho Vargas: ¿con qué contribuye él, con qué contribuimos nosotros á ese vasto y costosísimo proyecto en que todo está pagado ya? ¿Qué pone él, qué ponemos de nuestra parte para mover con el ejemplo las naturales resistencias del Gobierno y del Municipio? No tengo más que preguntar.

Miróle Vargas con desdén olímpico, y le respondió altanero:

—Yo pongo, nosotros ponemos lo único que me toca y nos toca poner: la iniciativa... el prestigio, la gestión poderosa. ¿Le parece á usted poco?

—Muy poco—respondió el arisco fiscal.—Con todo ello junto, si lo saca usted á la plaza por garantía, no levanta un empréstito de tres pesetas. *(Aprobación y protestas, según los grupos.)*

—Pues demos de barato—replicó Sancho Vargas encrespándose de veras,—que todo eso sea verdad, y que los que ponen tachas á mi proyecto tengan siquiera un asomo de razón: yo pregunto, yo pregunto, señores, porque puedo y debo preguntarlo; yo pregunto, yo les pregunto ahora mismo: ¿por qué habéis ensalzado hasta las nubes otros proyectos semejantes, y elevado á sus autores á la categoría de los grandes genios y á la excelsitud de los semidioses? Y estos semidioses y estos grandes genios, ¿que más pusieron de lo suyo en sus obras que lo que pongo yo de lo mío en las mías? Nada yo; nada ellos. Total, igual. Y, sin embargo, ellos por las altas cumbres entre voladores y bengalas, y yo por el polvo de los suelos, rechiflado y con coroza. *(Rumores, acá de adhesión, y acullá de protestas.)* ¿Hay quien lo duda? Pues falta razón para ello. ¿Queréis que os cite nombres? ¿que os determine casos?... ¿que os recuerde fechas?... *(¡Sí, sí!... ¡No, no! ¡Fuera! ¡fuera!... ¡Bravo, bravo!... ¡Basta, basta! ¡A otra cosa! ¡Sí, sí! ¡No, no!)*

Otro arrechucho, otra batalla, y nuevos y mayores esfuerzos del presidente para poner paz entre aquellas embravecidas falanjes, capitaneada la más fogosa de ellas por el pacífico Brezales, que aquella noche estaba dispuesto á armar camorra con el lucero del alba.

—Se procede al nombramiento de la comisión —gritó el presidente cuando su voz pudo oirse en aquella baraúnda,—y se recomienda la brevedad.

El señor don Roque Brezales, como ya se ha indicado, contaba en la sociedad con muchos adeptos cuando se ventilaban puntos como los de la libra de velas de marras; pero fuera de estos casos, siempre que se las había con las falanjes del presidente, que eran las mejor vestidas y de más gramática, perdía la batalla; y eso le pasó aquella noche con motivo del nombramiento de la comisión de tres individuos, por más que se brindó á ser candidato él mismo para dar mayor prestigio á la cosa, y los apasionados del autor del proyecto hicieron prodigios de fortaleza. Toda la comisión salió de *los otros*.

Con la rescoldera de este trago en el cuerpo, se alzó nuevamente, después de reanudada la sesión, el heróico autor de los tres proyectos para dar cuenta del segundo. En el cual se trataba de una *Indispensable y definitiva reforma del puerto* de aquella ciudad.

—Pido la palabra,—dijo, al enterarse del caso, un concurrente gordo, grandote, muy planchado y extenso de pechera, bigotes erizados y ojos de paquidermo.

—¿Para qué la pide usted?—le preguntó el presidente.

—La pido—respondió el otro con un retintín muy singular,—porque de esos particulares tengo yo que hablar, ¡y mucho! *(Risas y exclamaciones de un estilo nuevo allí aquella noche.)*

Prometióle el presidente que hablaría cuanto quisiera, pero á su debido tiempo, y mandó continuar en su tema al sempiterno preopinante. El cual dió lectura á una larga disertación, con latines también, en que se intentaba demostrar que las reformas actuales, que tantos caudales costaban ya al erario público, eran deficientes y absurdas; que se había cortado con miedo la bahía, y que era de imprescindible necesidad, para la conservación del puerto, sacar toda la línea de muelles construídos y proyectados medio kilómetro más al Sur.

—¿Otra tajadita más?—exclamó un oyente.—Pelo á pelo, se quedan los hombres calvos.

—Esa es la opinión del vulgo, que no ve más allá de sus narices,—contestó con altivo desdén el de los proyectos.

—Gracias, señor narigudo—replicó el oyente, que era de los bien vestidos.—Pero eso mismo nos solían responder los sabios que se empeñaron en la actual reforma, calificada de absurda ahora por usted, cuando la llamábamos los chatos disparate.

—No es el caso el mismo—repuso el gran proyectista,—puesto que ustedes desaprobaban la reforma porque robaba mucha bahía, y yo la declaro absurda porque no roba todo lo que debe.

—Pues por mí—dijo el otro,—que la roben de punta á cabo; ¡para lo que queda ya de ella!...

—¡Ah, señores!—exclamó el sustentante, tomando aires de profeta gemebundo,—y ¡cuán lamentable es hablar de memoria en tan delicados particulares! ¡Cuán lastimoso el desconocimiento de determinados principios científicos! ¡Si los hu-

biérais estudiado como yo, robando el tiempo al dormir, por no quitársele á los deberes mercantiles que sobre mí pesan! ¡Si hubiérais conversado largamente con los hombres de la facultad, como he conversado yo, una, dos, diez, ciento y mil veces, en este pueblo y fuera de él, con vigilias y dispendios cuantiosísimos, y no del peculio ajeno, sino á expensas del propio, con el más honrado, con el más patriótico, sí, señores, con el más patriótico desinterés! ¡Ah, señores: si supiérais vosotros, como yo sé, lo que son los hilos de corriente, y la ley maravillosa de las arenas en suspensión! ¡Si supiérais, repito, que es un hecho comprobado por la ciencia, en sus cálculos de gabinete, que cuanto más angosto es un canal, mayor es el tiro de la corriente, y mayor la cantidad de sedimentos que se lleva consigo!

—¡Vaya si sabemos eso, aunque chatos, quiero decir, aunque legos!—saltó de pronto el mismo concurrente bien vestido.—Y aun sabemos algo más: sabemos, sin habernos costado grandes vigilias ni cuantiosos dispendios; en fin, lo que se llama de balde, que cuando la anchura del canal sea cero, no entrará en él un mal grano de arena... ni tampoco una gota de agua.

—Esa es una exageración de mal gusto,—replicó Vargas en tono despreciativo.

—Esto es—afirmó el otro, sin enfadarse,—un corolario de las perogrulladas científicas que tan caras le han costado á usted... aunque no tanto como al puerto.

El hombre gordo de bigotes erizados y ojos de paquidermo, que no cesaba de murmurar por lo bajo desde que había salido á relucir aquel asunto, pidió aquí la palabra; pero con tal interjección y de tal modo, que el presidente se apresuró á concedérsela, y lo hizo en estos términos:

—Diga usted lo que guste, señor Acémilas.

—Aceñas—rectificó el aludido, entre una explosión de risotadas del concurso.—Aceñas; Juan Aceñas, que no es lo mismo.

—Es cierto—añadió el presidente,—y usted me perdone, señor don Juan, la equivocación, que fué motivada por la semejanza de las dos palabras.

—Puede usted excusarse explicaciones—dijo Aceñas arrellenándose más á gusto en la silla,—y hasta quitarme el don, aunque me sobra *din* para llevarle, porque á mí me tienen sin cuidado lo mismo las pullas de arriba, que las risotadas de abajo; yo sé lo que soy, y sé lo que es cada uno de los demás aquí presentes, y á esto me atengo... Vamos, ¿no ha quedado sobrante un poco de risa para celebrar esta «animalada de Aceñas,» como se llama por ahí á todo lo que yo digo?... ¿No?... ¡Qué pobres hombres éstos, que ni siquiera saben reirse á punto y sazón! Señor presidente, yo empiezo por no levantarme para hablar, porque si las sillas no se han puesto aquí para comodidad de los que las pagamos, no sé yo para qué canastos se han puesto... Además, yo no entiendo de ese teatro que ahora se usa en estas reuniones, como si fuéramos á hacer leyes para la

nación. ¡Comedias! *(Redobles de campanilla y advertencias del presidente.)* Voy allá de contado; pero que conste lo dicho. Todo lo que aquí se ha manifestado, principalmente en lo que toca á reformas del puerto, es una sarta de disparates. *(Protestas de muchos, y en especial de Sancho Vargas y de Brezales.)* No hay que picarse, caballeros, porque lo que digo de lo que aquí se ha dicho, lo extiendo á lo que en el puerto se ha hecho... Porque *(exaltándose brutalmente)* yo tengo también mi proyecto correspondiente, pensado por mí... discurrido por mí... estudiado por mí, paso á paso sobre el terreno; y quiero que este proyecto se conozca, y se estudie, y se ejecute... y se ejecutará, porque tengo medios, sin contar con los de ustedes, que no necesito, para hacer que se tome en consideración donde debe de tomarse. Este proyecto mío, que se imprimirá en su día para que le conozca el mundo entero, he querido explicarle aquí, aunque sólo por encima, porque supe que se iba á presentar otro esta noche, que es el del señor Sancho Panza... digo, Vargas... También yo confundo los nombres, señor presidente. *(Éste se muerde los labios, por no reirse, mientras sacude la campanilla, y Vargas vomita tempestades de indignación, coreadas por sus idólatras.)* Sólo que el señor don Sancho tiene menos correa que yo, á lo que veo... ¡Otro pobre hombre! Apurarse ahora por una asnada más ó menos de este borrico de Aceñas... Sí, señor, de este borrico... Así me llama usté á mí cuando me mientan delante de usté...

Pues ahora vamos á ver quién es más; y para ello, dígase y conózcase mi proyecto, y compárese con el suyo. *(Atención con sonrisas y zozobras.)* El proyecto mío no se anda con miseriucas y chapucerías de cuartillo de agua más ó menos, quitado al caudal de la *badía;* yo tomo las cosas más en grande y más de lejos: ó echarlas patas arriba de una vez, ó no poner mano en ellas. En mi plan entra también la ciudad entera, con un desarrollo territorial de legua y media por el Oeste y Norte, y poco menos por el Nordeste y Sur clavado. Diréis... «ésta es otra burrada de Aceñas.» *(Risas y rumores varios.)* Pues van á ver ahora los sabios de la matemática cómo no hay que estudiar en muchos libros para hacer esos milagros. Yo no me quedo en el puerto; yo salgo de él, y, siguiendo la costa de la parte de acá, me planto en Cabo Chico, y desde allí saco un espigón, mar afuera, de una largura de dos millas, vara más ó menos; y de pronto, tuerzo á la derecha sesgándome un poco, y sigo con el muro hasta empalmarle con el peñasco de acá de la boca del puerto. Con esto consigo matar los temporales del Noroeste en aquel sitio, y la ganancia del territorio robado á la mar por los murallones. *(Asombro, carcajadas y hasta pateos.)* Naturalmente que á alguno le ha de escocer esto, sin saber lo que se pesca. ¡Como que la playa de baños y toda la pompa de lujos que anda por allí, queda debajo del *rataplén! (Más carcajadas y más pateos.)* Pero no se paran á calcular esos inocentes propieta-

rios, como lo he calculado yo, lo que valdrá un carro de tierra entonces en aquel sitio... ¡cien veces más de lo que vale hoy! Ya está arreglado de esta suerte lo de la parte de afuera. Vuélvome ahora al puerto; y desde la misma punta de él, por la banda de adentro, arranco otro murallón, aguas arriba, separándome hacia el Sur, sobre un kilómetro, de esa miseria de muelles que están en obra y estarán por muchos años; y al llegar como á la *metad* de la *badía,* vuelvo de repente sobre la izquierda y la cruzo de parte á parte. *(Horror de exclamaciones.)* Me parece, señores, que la ganancia en tierra firme, por este lado, no es floja tampoco.

—Pero, hombre—interrumpió un concurrente algo socarrón,—¿qué vamos á hacer de tantísimo terreno como adquirimos de esa manera?

El hombre gordo se le quedó mirando unos instantes, con gestos y contorsiones tan pronto de ira como de burla, y al fin le respondió:

—Pues mire usted: con ser tanto, y sin contar las dos leguas de ensanche que yo doy por el Oeste, puede que se necesite todo, si es que llega, para construir la ciudad que ha discurrido el señor don Sancho Panza... digo, Vargas.

Lo que aquí pasó no es para pintado. El aludido, puesto de pie, fulminó protestas contra el casi sacrílego agresor, y cargos durísimos contra el presidente. Sus idólatras, con Brezales á la cabeza, hacían otro tanto, y hasta pateaban y esgrimían los puños; el presidente desbadajó la campanilla á

fuerza de zarandearla; otros señores declaraban que no les parecía el suceso para tanto vocerío, y esto sulfuraba más y más á los sulfurados; Aceñas, sin moverse de su silla, se reía como un inocente de los unos y de los otros, y azuzaba con sus gestos, provocativos de puro estúpidos, las iras de los más desbaratados. Se temió que iba á concluir á silletazos aquello, que por momentos se encrespaba; pero, por una feliz coincidencia, las luces de los cabos espirantes comenzaron á oscilar, como si el vocerío las asustara, produciéndolas desmayos; y el presidente, tomando pretexto de ello, dió por terminada la sesión cubriéndose la cabeza. Cubrirse, y espirar de golpe las seis luces de los cabos, no se sabe si por alguna corriente de aire establecida de pronto, ó porque se anegaran al fin en el exceso de sus lágrimas, fué todo uno.

Esto acabó de aplacar la borrasca como por encanto. Oyéronse algunos charrasqueos de fósforos de cocina, frotados contra las cajas; viéronse varios puntitos luminosos en la densa obscuridad; y, guiándose con ellos, abandonó el salón la masa negra de los concurrentes, que parecía, por lo apiñada y presurosa, un rebaño de merinos.

Don Roque Brezales iba de los más zagueros, y aun logró quedarse el último, con otro socio, un sujeto que nunca desplegaba los labios en aquellas reuniones ni en otras parecidas, ni se apasionaba por nada ni por nadie.

—Pero ¿ve usted, hombre?—le dijo Brezales, sudando hieles todavía y con los pocos pelos eri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

zados, tirándole de los faldones de la levita para que se pusiera á su lado.—¿Ve usted qué cosas! Si esto se escribiera en libros, se diría que no era cierto, que era pintar por pintar. ¡Qué gentes, qué desatinos!

—¿Por quién lo dice usted?—le preguntó el otro.

—¿Por quién he de decirlo? Por ese bestia de Aceñas. ¡Qué proyecto el suyo! ¡Y consentir que eso se trate aquí!...

—¡Pues mire usted que el del otro!...

—¡Es posible que usted se atreva á compararlos?

—Sí, señor; y aun me quedo con Aceñas, que, siquiera, me divierte.

—Nada—exclamó aquí don Roque en el colmo del despecho:—el mal incurable, el mal de este pueblo; la *tonía* en unos, la burla en otros, la envidia en muchos y la *inación* en todos. Lo poco que se intenta, á nadie parece bien, y nada se hace al cabo. Aquí falta unión, aquí falta patriotismo, aquí falta...

—No se canse usted, don Roque—le interrumpió con mucha serenidad su acompañante:—aquí no hay más envidias ni más rencores que en otras partes; aquí no falta patriotismo ni deseo de hacer cosas buenas y bien hechas: lo que falta son hombres, porque aquí no hay más que hombrucos.

Con lo que don Roque, que se creía un gigante, y por otro tenía á Sancho Vargas, tachó á su desengañado amigo de envidioso, y no se dignó responderle.

IV.

VISTA INTERIOR DE DON ROQUE.

Llegó á la calle el pobre hombre, espeluznado y sudoroso, mucho de ello por las fatigas de la batalla reciente en la atmósfera caldeada del salón, y no poco por la subsiguiente brega para encontrar medio á tientas su abrigo, que, enredado entre los pies de sus consocios, había ido á parar, hecho un bodoque, á un montón de barreduras escondido detrás de la puerta de salida. Iba solo ya, y tapándose la boca con su pañuelo de bolsillo, porque el relente era fresco y él tenía un miedo cerval á las pulmonías; eran algo pasadas las diez y media, y en las calles que recorría no encontraba un alma, porque el movimiento y los atractivos de la población, á aquellas horas, no estaban por allí. Las gentes bullían á rebaños hacia el sitio de las ferias recientemente inauguradas, ó alrededor del templete de la gran plaza, en el cual tocaba de balde la música del Hospicio. Por aquella plaza, ó muy cerca de ella, tenía que pasar él para dirigirse á su casa.

Siempre había considerado el buen hombre la